

servo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes..... ¡ah! no quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad, tú tienes <sup>(11)</sup> nombre de muger! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos <sup>(12)</sup> con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas acompañó el cuerpo de mi triste padre..... sí, ella, ella misma..... ¡Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable..... se ha casado, en fin, con mi tio, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él que yo lo soy á Hércules. En un mes..... enrojecidos aún los ojos con el perdido llanto, se casó. ¡Ah, delincuente precipitacion, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazon mio, que mi lengua debe reprimirse.

**ESCENA VI.**

HAMLET. HORACIO. BERNARDO. MARCELO.

HORACIO.

Buenos dias, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno..... ¿Es Horacio, ó me he olvidado de mí propio.

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witemberga?.... ¡Ah Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, ¿á qué has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor..... deseos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oir de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oidos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero dime, ¿qué asuntos tienes <sup>(13)</sup>



en Elsingór? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET.

No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad: como se han celebrado inmediatamente.

HAMLET.

Economía, Horacio, economía. Aún no se habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda. .... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel día. ¡Mi padre!.... me parece que veo á mi padre.

HORACIO.

¿En dónde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le vi. Era un buen Rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le vi anoche. (14)

HAMLET.

¿Le viste? ¿á quién?

HORACIO.

Al Rey vuestro padre.

HAMLET.

¿Al Rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiración, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios, dímelo.



HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habian visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armada según él solia de pies á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y magestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas, pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible: voime á la guardia con ellos la tercera noche, y alli encontré ser cierto cuanto me habian dicho, asi en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él como lo son entre sí estas dos manos mias.

HAMLET.

¿Y en dónde <sup>(15)</sup> fue eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio donde estábamos de centinela.

HAMLET.

¿Y no le hablásteis?

HORACIO.

Sí señor, yo le hablé, pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.

¿Es cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creido que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado Príncipe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí.... pero esto me llena de turbacion. ¿Estais de centinela esta noche?

TODOS.

Sí señor.

HAMLET.

¿Decís que iba armado?



TODOS.

Sí señor, armado.

HAMLET.

¿De la frente al pie?

TODOS.

Sí señor, de pies á cabeza.

HAMLET.

Luego no le visteis el rostro.

HORACIO.

Le vimos porque traía la visera alzada.

HAMLET.

¿Y qué? ¿parecía que estaba irritado?

HORACIO.

Mas anunciaba su semblante el dolor, que la ira.

HAMLET.

¿Pálido ú encendido?

HORACIO.

No, muy pálido.

HAMLET.

¿Y fijaba la vista en vosotros?

HORACIO.

Constantemente.

HAMLET.

Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO.

Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET.

Sí, es verdad, sí. . . . ¿Y permaneció mucho tiempo?

HORACIO.

El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento con moderada diligencia.

MARCELO.

Mas, mas estuvo.

HORACIO.

Cuando yo le ví, no.

HAMLET.

¿La barba blanca, eh?



HORACIO.

Si señor, como yo se la habia visto cuando vivia, de un color ceniciento.

HAMLET.

Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.

¡Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET.

Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos que asi como hasta ahora habeis callado á los demas lo que visteis, de hoy en adelante lo oculteis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; y yo sabré remunerar vuestro zelo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.

Nuestra obligacion es serviros.

HAMLET.

Sí, conservadme vuestro amor, y estad segu-

ros del mio. Á Dios. (*Vanse los tres.*) El espíritu de mi padre.... con armas.... no es esto bueno. Rezelo alguna maldad. ¡Oh si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

## ESCENA VII.

*Sala de la casa de Polonio.*

LAERTES. OFELIA.

LAERTES.

Ya tengo todo mi equipage á bordo. Á Dios, hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de ti.

OFELIA.

¿Puedes dudarlo?

LAERTES.

Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesana, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir y no permanece; hermosa, no durable; perfume de un momento y nada mas.

\*



OFELIA.

¿Nada mas? <sup>(16)</sup>

LAERTES.

Pienso que no: porque no solo <sup>(17)</sup> en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen tambien con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borron alguno la pureza de su intencion; pero debes temer al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia, y que vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde. Él no puede como <sup>(18)</sup> una persona vulgar elegir por sí mismo, puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino: y ve aqui por qué esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Asi, pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en ti no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte mas principal de Dinamarca. Considera cuál pérdida padecería tu honor, si con demasiada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del cora-

zon, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, querida hermana: no sigas inconsiderada tu inclinacion: huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta es libre en exceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son mas frecuentes. Conviene, pues, no omitir precaucion alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud <sup>(19)</sup>, aun cuando nadie la combatía, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.

Yo conservaré para defensa de mi corazon tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos declamadores <sup>(20)</sup> hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.



LAERTES.

¡Oh! no lo rezeles. Yo me detengo demasiado, pero allí viene mi padre: pues la ocasion es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendicion repetida será un nuevo consuelo para mí.

## ESCENA VIII.

POLONIO. LAERTES. OFELIA.

POLONIO.

¿Aún estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! Á bordo, á bordo: el viento impele ya por la popa tus velas, y á ti solo aguardan. Recibe mi bendicion y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques <sup>(21)</sup> con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste despues de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródigo á los que acaban de salir del cascarron y aún estan sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de ti. Presta el oido á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demas, pero reserva tu propia opinion.

Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan; pero no afectado en su hechura: rico, no extravagante: porque el trage dice por lo comun quien es el sugeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado, falta al espíritu de economía y buen orden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demas: consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al dia. Á Dios, y él permita que mi bendicion haga fructificar en ti estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.

*(Se arrodilla y besa la mano á Polonio.)*

POLONIO.

Sí, el tiempo te está convidando y tus criados esperan: vete.

LAERTES.

Á Dios, Ofelia *(Abrázanse Ofelia y Laertes.)*, y acuérdate bien de lo que te he dicho.